

Glosas para Angel Ferrant

También la arquitectura demuestra origen metafórico. Basta leer el libro de Vitruvio, para ver que la columna dórica tiene las proporciones, la fuerza y belleza del cuerpo de un hombre. El pie del hombre es la medida de la columna. Y el número de seis, la proporcionalidad de su altura. Fuerte, macizo, rudo, aquel hombre sostenía sobre sus hombros el peso de un pétreo tejado. La columna no tenía adornos, ni base: Un gigante desnudo y descalzo.

*

Cuando los griegos se cansaron de tanta hombradía arquitectónica, inventaron el estilo jónico. La columna jónica es el cuerpo de una mujer. Su pie es más pequeño. Y su proporcionalidad, más grácil y más alta, se inscribe en la delgadez del número ocho. El capitel deja ver en sus volutas la gracia de la cabellera femenina. La columna tiene base: La mujer estaba calzada.

*

Pero la arquitectura iba afeminándose. La columna corintia es el cuerpo de una muchacha. Su proporcionalidad alcanza límites equívocos: ocho y medio. Y los adornos son más inconstantes y sensibles. El capitel es ya un sombrero o un cesto de acantos que se encorvan y ondulan acariciando la frente del grácil ser. Ya podemos olvidar a Vitruvio y pensar en las columnas de Paul Valéry:

**Douces colonnes, aux
Chapeaux garnis de jour,
Ornés de vrais oiseaux
Qui marchent sur le tour.**

*

Y eso no es todo. Porque en el **Eupalinos** de Valéry la arquitectura es por fin una bailarina, una ligera bailarina que perfila su gracia sobre el cielo ático, su frente luminosa coronada de asfódelos. Poco faltó para que se llamase Loe Fuller (la arquitectura tuvo siempre nombre de mujer). Y los nú-